



Agota Kristof

Una refugiada húngara Pepa Roma (Revista Mercurio, 2015)

Ser refugiado es como atravesar un desierto”, dice Agota Kristof. La dramaturga y poeta que llegó a Suiza con su marido y su niña de cuatro meses tras el aplastamiento de la revolución húngara en 1956, y es de esa experiencia del exilio de donde nace la novelista. Un recorrido vital que recoge *La analfabeta* a lo largo de once relatos inicialmente publicados por separado en una revista de Zurich y reunidos por primera vez en 2004 en una edición francesa.

“Fe y necesidad, en esto consiste ser escritor”, dice en su implacable afán de ir a lo esencial. Lo cierto es que todo en su vida parece al servicio de la literatura, desde “Indicios”, como se titula el primer capítulo, donde escribe: “Leo. Es como una enfermedad... Tengo cuatro años. La guerra acaba de empezar”. Kristof escribe sobre la palabra vinculada a la mentira. La mentira como parte del juego literario, la mentira moral también, acepciones que tan a menudo se entrecruzan y confunden en sus novelas. Es un concepto que aparece muy pronto como otro de los elementos constitutivos de su obra en esos juegos infantiles en los que se inventa historias, algunas de ellas para hacer llorar a su hermano pequeño, diciéndole que es un niño recogido.

Cuando a los 14 años la envían a un internado, el dolor de esa primera separación “se hace insoportable” y escribir se convierte en su único refugio. “Lloro la pérdida de mis hermanos,

2017-2018



de mis padres, de la casa de la familia... Lloro sobre todo mi libertad perdida”. Lloro y escribe. Dolor, pero también “Payasadas”, título de otro de los capítulos donde habla de “la felicidad de hacer reír” con esas primeras representaciones escolares de obras que improvisa para costearse el remiendo de unos zapatos. Es casi como si no hubiera nada en la vida aparentemente mínima de esta refugiada del Este que no haya sido aprovechado para la literatura. Como Faulkner, que decía no necesitar más que dar la vuelta a su carreta para ponerse a escribir sobre ella, a Kristof le basta el ritmo monótono de las máquinas de la fábrica de relojes donde trabaja para componer versos.

En un trabajo rutinario donde no puede hablar con nadie, por el ruido de las máquinas y por su desconocimiento del francés, se encuentra como si estuviera devuelta a la condición de muda y analfabeta en una nueva lengua que tiene que aprender. Una lucha con la lengua y el exilio interior que sólo 30 años más tarde dará lugar a su primera novela en francés, *El gran cuaderno*. El primer libro de la trilogía *Claus y Lucas*, hoy traducido a más de 40 idiomas, se convierte rápidamente en un éxito que da un giro material a su vida.

De *La analfabeta* Agota Kristoff dijo que eran notas sin más valor que el de una redacción escolar. Pero lo cierto es que podría leerse como otro de sus grandes relatos en torno a los mismos temas de la trilogía sobre los gemelos Claus y Lucas, en la que cada libro modifica o contradice la historia del anterior. También de *Ayer*, la última novela de la autora húngara que *La analfabeta* parece prefigurar. Tal vez por ello lleva por subtítulo Relato autobiográfico y no simplemente notas autobiográficas, y puede leerse como otra vuelta de tuerca en su narrativa. Allí donde encontramos el origen de escenas interpretadas por esa especie de personajes suplentes de la propia Kristoff que viven en sus novelas, así como la clave de ese orden misterioso por el que se rige su mundo literario. Lo que te hace sentir, al terminar de leer esta breve biografía que es *La analfabeta*, que nunca con tan poco se había dicho tanto.





La escritura congelada

Ricardo Martínez Llorca (Revista de Letras, 2015)

Son escasísimos los autores cuya lectura nos hace pensar que comenzaron su obra en el año cero de la era literaria. Agota Kristof (Csikvánd, Hungría, 1935 – Neuchâtel, Suiza, 2011), pertenece a esa generación que se ha ido multiplicando, sin orden ni concierto, a lo largo de la historia y del planeta. Autora de una de las más desconocidas obras maestras del siglo XX, *El gran cuaderno*, obra que continuó hasta completar la trilogía *Claus y Lucas*, Kristof posee el mejor estilo desnudo de la frase corta, de la pegada larga, esa que deja al lector con resaca. Su estilo se debe, como cabe concluir de esta recopilación de breves apuntes autobiográficos, a que la lengua en la que escribe, el francés, le vino impuesta. Se debe a esa sensación exagerada de no ser dueños de nuestro destino, ni siquiera a la hora de escoger qué libro leer. Lo cual, tal y como desarrolla sus relatos, sin tomar partido, no es ni bueno ni malo. Como comenta Josep María Nadal Suau en el prólogo, el tono en que escribe delata a quién se dirige el escritor. Y en el caso de Kristof, esa elección, que es y no es voluntaria, nos lleva a concluir que se dirige a un vacío que es nuestro. Y, por tanto, si en nosotros hay vacío, tampoco existen las conclusiones morales.



Pero siempre está presente el miedo como motor que mueve al mundo, por encima de cualquier otra sensación. La anemia de los capítulos así lo corrobora. Como también corrobora su falta de cobardía a la hora de afrontar cada episodio con una objetividad helada: “fiscaliza cada palabra para que nada resulte sentimental, fantasioso o inexacto”, escribe Nadal Suau. Kristof nació en Hungría en 1935 y tras atravesar la Segunda Guerra Mundial y el régimen pro soviético, con apenas veintiún años y ya siendo madre, dejó atrás su patria, que como va dejando expresado a lo largo de este puñado de páginas, se representa en su lengua. De esta manera, queda un poso a ignorancia de identidad en su obra, un deje de agonía sin llanto. No hay raíz, pero tampoco mentira. Todo es puro esqueleto.

El libro comienza con la infancia, con el despertar intensísimo de los sentidos, con la percepción del mundo que compagina con la perfecta inutilidad de la lectura, porque en ella los sentidos no nos desgarran. Posteriormente incorpora la imaginación, que es un beneplácito como oyente, pero también un arma cargada de crueldad a su disposición. Al llegar a la adolescencia, en un internado, consigue igualar la objetividad desnuda con cierta ferocidad, y el silencio con la escritura; consigue transmitirnos que en los peores momentos, la nostalgia de la memoria es un muro que ciega el futuro. Con la presencia en esos años de la pobreza, Kristof se da cuenta de que la risa es una evasión, pero que en las evasiones no todo es alegría. Para a continuación exponer lo que supuso para ella la primera impresión del



exilio, ese cambio de lengua que desconoce si es una pérdida de identidad; suponiendo que la identidad sea la infancia.

La muerte de Stalin sugiere un capítulo en el que a través de la lectura de Thomas Bernhard, uno se pregunta qué clase de vida existe dentro de lo puramente literario. Después cruza la frontera, la tierra de nadie y por tanto una cosecha para el olvido. En su primera etapa como emigrante, las únicas certidumbres que la acompañan son la escritura y la conciencia del desarraigo. Porque aunque las cosas vayan bien en el exilio, este no deja de ser un desierto, y el desierto es el escenario simbólico de la soledad. Hasta que encuentra en la literatura algo que le reconforta, aunque siempre con esa impresión de momento de agonía congelada que existe en todos sus libros, con esa verosimilitud sin lógica y tal vez sin equilibrio ético. La única vía de fuga que hasta ahora había dejado al lector la literatura de Agota Kristof, era la de salir del cuadro para reflexionar que aquello era una ficción de una aspereza onírica. Mientras que ahora, en esta puerta abierta a su vida, ya no cabe esa distancia. Kristof calificó *La analfabeta* como una serie de redacciones escolares. En esta ocasión, y en contra de lo que viene siendo la educación formal, acudimos a la escuela para aprender.

"No me interesa la literatura" Javier Rodríguez Marcos (El País, 2007)

En 1986, treinta años después de huir a Suiza con su marido y su hija recién nacida, la narradora húngara escribió en francés *El gran cuaderno*, primera entrega de una trilogía que la consagró como novelista. En una entrevista en su casa, en Neuchâtel, afirma que ha dejado de escribir y habla de su vida: la infancia en la guerra, el exilio, el trabajo en una fábrica y el éxito.

Con este tiempo, pensé que no vendría". Cuando abre la puerta de su casa, Agota Kristof se sorprende de que alguien haya atravesado media Europa para hablar con ella. "Pensé que vivía usted en Ginebra, no que vendría desde España", dice mientras se dirige lentamente hacia el sofá. La escritora húngara, que no aparenta los 71 años que tiene, vive sola en el centro histórico de Neuchâtel, en la Suiza francófona, en un escueto apartamento que uno asociaría más con una estudiante que con una escritora que es un mito en Francia, que ha sido traducida a más de 30 lenguas y cuyo nombre ha estado algún año en las quinielas del Premio Nobel. "Puedo vivir en un tercero por el ascensor", comenta. "No me dan las piernas. He tenido dos hernias discales y de la segunda no me pueden operar. Sólo salgo un rato por la mañana para hacer la compra. Ya no viajo. No puedo arrastrar una maleta".





La huida y el éxito

Kristof llegó a Neuchâtel arrastrada por la política. Era 1956 y su marido había participado en Hungría en la revolución contra el régimen pro soviético. Cuando la revuelta fue sofocada, el matrimonio atravesó a pie la frontera con su hija recién nacida. Primero Austria, luego Suiza. "Mi marido se empeñó en que nos fuéramos", recuerda ahora la escritora. "Muchas veces he pensado que más habría valido que él hubiera estado dos años en la cárcel que yo cinco en una fábrica. Suiza me parecía el desierto. Lo pasé mal". Lo dice sin énfasis. En el fondo, habla como escribe: yendo al grano, sin circunloquios, sin subrayados.



Cumpliendo con el tópico, la fábrica era de relojes. Ella se levantaba de madrugada y se pasaba las horas repitiendo el mismo gesto en una máquina. Mecánicamente. No sabía francés -"fue mi marido el que estudió. Yo no pude", aclara-, y en una factoría en la que nadie hablaba era difícil aprender una lengua: "Tenía sus ventajas. La monotonía me permitía escribir poemas mentalmente. Los transcribía al llegar a casa después de acostar a la niña. En húngaro". Con los años, quiso traducir aquellos poemas al francés que había ido aprendiendo con su hija, precisamente. Siempre había querido ser escritora. Desde los doce años. Su padre era maestro y en su casa no era raro que alguien escribiera. De hecho, su hermano pequeño ha publicado varios libros en Budapest: "Él escribe más que yo", afirma Kristof con una sonrisa. "Y lo han traducido. Al checo".

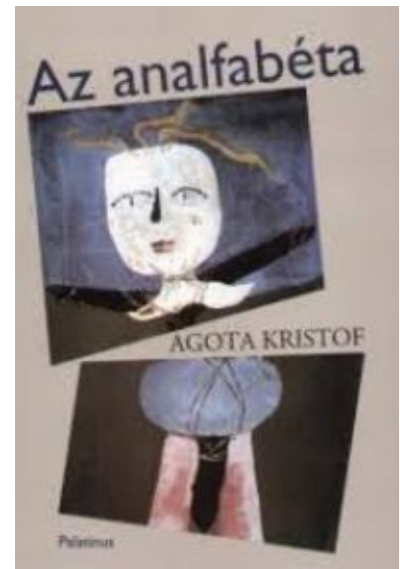
En 1986, treinta años después de salir de Hungría, su suerte cambió completamente. Tras haber escrito en francés una serie de obritas de teatro que pasaron de estrenarse en cafés a retransmitirse por la radio, Agota Kristof pasó dos años redactando *El gran cuaderno*, la historia de dos hermanos gemelos a los que su madre deja durante la guerra en casa de una abuela que no los quiere y a la que no quieren. Inocentemente despiadados, la crueldad de los muchachos no tiene más límite que su propia supervivencia. La escritora hizo tres copias de aquella infancia descarnada y las envió a París: "Yo pensaba intentarlo en una editorial de por aquí, pero un amigo me convenció y envié la novela a Gallimard, a Grasset y a Seuil". A las dos primeras editoriales les pareció que una novela tan dura no encontraría lectores. La tercera la publicó. El éxito fue fulminante. Las ediciones y los premios se sucedieron, el libro fue traducido a 33 idiomas y Agota Kristof se convirtió en una referencia para miles de lectores en Francia. A *El gran cuaderno* le siguieron *La prueba* y *La tercera mentira*, las otras dos entregas de una trilogía en la que cada título es una vuelta de tuerca al anterior, dando versiones distintas, y hasta enfrentadas, de los mismos hechos.



En España cada título se publicó por separado y con suerte dispar. Ahora El Aleph ha titulado el conjunto con el nombre de sus protagonistas: *Claus y Lucas*. "Nunca pensé en hacer una trilogía", matiza la escritora, "pero durante mucho tiempo no podía pensar en otra cosa. Tenía que continuar". Y así continuó aquel drama de guerra y aislamiento que la escritora sacó de su propia memoria. Aunque sus recuerdos de la guerra mundial no son malos -"no había colegio"- comparados con los de la posguerra: "Hacía un frío terrible y no había comida. Además, llegaron los rusos y se llevaron lo poco que había. Hungría se convirtió en una colonia de la URSS. Tuvimos que aprender ruso, geografía rusa, historia rusa. ¿Que si hablo ruso? Qué va. Nadie aprendía nada. Si ni los profesores sabían. ¿Cómo va a aprender alguien que no quiere aprender de alguien que no quiere enseñar?".

Cine contra literatura

El gran cuaderno ha conocido multitud de versiones teatrales en Alemania y Japón, desde donde reclaman continuamente a la escritora. Por supuesto, en Suiza. Y en España. En el Festival de Otoño de Madrid en 1999 pudo verse la versión que la compañía chilena La Troppa puso en escena bajo el título de Gemelos. Además, sigue pendiente su adaptación cinematográfica: "Un productor estadounidense compró los derechos y contrató a Thomas Vintenberg, el director danés, pero al final pensó que no era el más adecuado. Es curioso, yo pensaba que sí lo era. Posiblemente el más adecuado", comenta Kristof del director de *Celebración*, aquella salvaje historia familiar en clave Dogma. Con todo, no sería la primera vez que una novela suya pasa a la pantalla grande. En 2002 el italiano Silvio Soldini -autor de *Pan y tulipanes*- adaptó *Ayer* (publicada en España por Edhasa), la cuarta y hasta el momento última novela de la escritora húngara. "Se la cargó", dice ella. "Le cambió el final porque decía que la gente no podía salir desanimada del cine". Agota Kristof reconoce que aquella suicida historia de amor entre extranjeros en una fábrica es su novela más autobiográfica.



Con todo, Un relato autobiográfico es el subtítulo de *La analfabeta*, el libro que hace dos años apareció en Suiza y que la editorial Obelisco acaba de publicar en España. Allí la escritora cuenta sin adornos su propia historia en ochenta páginas, pero el resultado no le convence. "Me equivoqué al publicar esos textos. Es una recopilación de narraciones que, hace años, mandaba a una revista en alemán de Zúrich. No tienen ningún valor. Son redacciones escolares. ¿Por qué las publiqué? Entonces porque necesitaba el dinero. Ahora porque se empeñó el editor suizo. Estaban en el archivo del Estado, en Berna. Allí mandé todos mis papeles. A mí me daba igual. De todos modos, no hay quien entienda nada. Mi editor francés no lo quiso y en Alemania le dieron el premio de los críticos. Diez mil euros. No fui a recogerlos".



Tertulias Literarias

Desde que se le atragantó la historia de una muchacha enamorada de un hombre mayor, "un amigo de mi padre", Agota Kristof ya no escribe: "No lo necesito. Para mí la escritura es demasiado importante como para hacer algo que no me guste. Y no creo que me salga ya nada mejor de lo que escribí. ¿Para qué empeñarse? Tuve tres hijos y estuve casada dos veces. Nada de eso me impidió escribir. Quizás la fábrica... Ahora tengo todo el tiempo del mundo y no lo hago". ¿Y qué hace? "Como no puedo salir, veo la tele y me levanto tarde. Me encanta dormir, en parte porque sé que voy a soñar. ¿Pesadillas? También: que estoy en la escuela, que estoy casada otra vez...". ¿Y leer? "Leer sí leo, aunque menos que antes. Sobre todo, novelas policiacas, aunque luego no me acuerdo del nombre de sus autores. Últimamente también he leído a Pessoa". Además, en *La analfabeta* habla de Thomas Bernhard. "El problema es que ya he leído todo lo suyo. Me hacía reír mucho. Ya sé que es despiadado, pero por eso me hace reír, porque cuenta las cosas como son. Ahora estoy leyendo a otro escritor que no adorna las cosas, un húngaro, Imre Kertész. Cuando le dieron el Premio Nobel, los titulares de la prensa húngara fueron: 'Un judío gana el Nobel'. Pesaba más eso que el hecho de que fuera húngaro. Lo conocí una vez. Tuvo muchas dificultades para publicar en Hungría. Por suerte, lo tradujeron al alemán. Si no hubiera sido por eso no creo que le hubieran dado el Nobel".



Aunque sostiene que Suiza no acaba de gustarle, Agota Kristof nunca pensó en regresar a Hungría: "Volví en 1968. Durante el viaje nos cruzamos con los soldados que los rusos mandaban a invadir Checoslovaquia. Habían pasado doce años. En la estación no reconocí a mi hermano pequeño. Nunca he pensado en volver definitivamente. Mis hijos crecieron aquí y yo allí ahora sería una extranjera". *El gran cuaderno*, que contiene una visión nada complaciente de los totalitarismos, no se tradujo al húngaro hasta la caída del muro de Berlín: "Antes no había allí tantas diferencias entre ricos y pobres. Todo está muy dividido. Uno de mis hermanos, que es conservador, está encantado. El otro, que es de izquierdas, está horrorizado. ¿Yo? El problema del comunismo es que estaba lleno de mentiras: que éramos libres, que Stalin era nuestro padre. Era de risa".

En *La analfabeta*, la propia Kristof se pregunta cómo habría sido su vida si hubiera vuelto a Hungría: "A menudo pienso en eso. Creo que allí habría sido más feliz. La gente es más cordial. Tal vez habría escrito más. Aquí pasé doce años sin poder escribir. En francés no podía y el húngaro se me iba perdiendo. Y la fábrica... Aunque peor que la fábrica fue luego trabajar en la consulta de un dentista. En un sitio no se podía hablar. En el otro, la gente no paraba".



Sin poesía

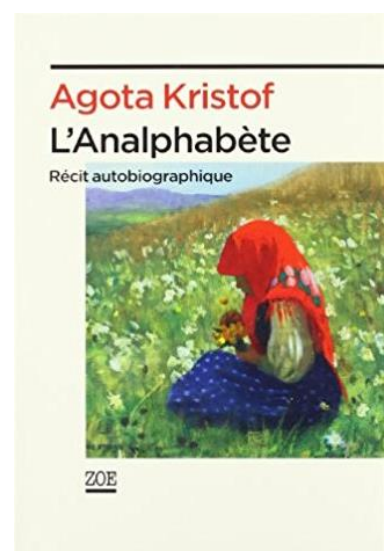
Un editor italiano se ha propuesto publicar toda la obra de Agota Kristof, empezando por los poemas en húngaro. Ella se niega. ¿Cuando escribía en húngaro también era tan cruda, o la crudeza de su estilo viene del hecho de que el francés no sea su lengua materna? "No, no. En húngaro era muy poética. Demasiado. Por eso no me gustan aquellos poemas. Creo que si hubiera seguido escribiendo en húngaro habría ido quitando y quitando, diciendo sólo lo estrictamente necesario. Seguramente mi forma de escribir viene del teatro. Diálogo puro. Lo justo, sin relleno, sin grasa. ¿Para qué dar vueltas? ¿Para hacer literatura? No me interesa la literatura".

Al final, es imposible pasar por la crueldad de los protagonistas de sus libros sin pensar si sus hijos los han leído: "Sí. Y les gustan. A mis nietos les hace gracia que a su abuela la lean en las escuelas. ¿Qué es duro? También lo es la vida". En las novelas de Kristof no hay mucho espacio para la esperanza. Sus personajes no creen en los sentimientos. ¿Y ella? ¿Cree en los sentimientos? Cuando escucha la pregunta levanta las cejas, guarda un largo silencio y, con la misma cordialidad con que abrió la puerta, responde: "No".

La analfabeta, de Agota Kristof Elena Costa (El Cultural, 2015)

Es difícil comprender la soledad y el terror que puede sufrir quien debe abandonar su país y su lengua, obligada por una dictadura, y se descubre como una analfabeta con veintipocos años y una hija. Sobre todo si esa analfabeta se llama Agota Kristof (Csikvánd, Hungría, 1935-Neuchâtel, Suiza, 2011), aprendió a leer húngaro con cuatro años ("Leo. Es como una enfermedad" [p. 23]) y adora desde niña "contar historias [...] inventadas por mí misma" (p. 26).

Alpha Decay recupera ahora, con prólogo de José María Nadal Suau, once de estas brevísimas estampas autobiográficas que la escritora húngara consideraba menores, incluso prescindibles, pero que ofrecen las claves de lo que fue una obra narrativa mayúscula que conviene releer o descubrir desde los datos que este librito regala. De la infancia idílica de "Indicios" y "De la palabra a la escritura" a los difíciles años 50, cuando la Hungría ocupada por los nazis en los 40 era ya un satélite soviético ("Payasadas"), la autora de *Claus y Lucas* embroma al pasado sin sentimentalismos y sin piedad, como al recordar el reencuentro con un amigo que le confiesa cuánto la admiraba por llevar su abrigo negro siempre abierto incluso en invierno,





sin saber que estaba roto y sin botones, o que a veces debía pasar varios días en cama, fingiéndose enferma, porque le estaban reparando su único, viejísimo, par de zapatos.

Con todo, lo peor estaba por venir, ese exilio inacabable que tizna todas estas páginas y que es el eje de este relato aparentemente inofensivo pero que en estos días de refugiados y olvidos resulta aún más impresionante. Como hoy tantos sirios y afganos, como todos los que huyen del miedo, el hambre y la muerte, también Kristof tuvo que cruzar una frontera, la de Suiza, de forma clandestina y reinventarse. Entonces, cuando comenzó a trabajar en una fábrica suiza, fueron sus compañeras quienes le enseñaron, con gestos, sus primeras palabras en francés. Su hija abría los ojos y lloraba "porque yo no la entendía; en otra ocasión, porque era ella la que no me entendía" (p. 56). Pero logró matricularse en un curso de francés para extranjeros en la universidad. Y volvió a leer "a Voltaire, a Sartre, a Camus. [...] Todo está lleno de libros comprensibles, por fin, también para mí" (p. 57).

Lo demás (sus libros en francés, el éxito mundial) es historia, como lo es su conclusión: "¿Cómo habría sido mi vida si no hubiera dejado mi país? Más dura, más pobre, pero también menos solitaria, menos rota; quizá feliz" (p. 47). Sí, impresionante.



Fontes:

- [El Cultural](#)
- [El País](#)
- [Revista de Letras](#)
- [Revista Mercurio](#)

Para saber más

- [El arte de lo cruel](#) (El Mundo)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>